

## ¿HA MUERTO DIOS?

POR

GUSTAVE THIBON

Un mundo sin Dios deja de ser humano. La muerte de Dios en el corazón de los hombres por hostilidad, por olvido, por indiferencia, ¿cuántas veces ha tratado este tema Gustave Thibon en sus conferencias? Conservando voluntariamente la espontaneidad oral de Thibon, *Permanences*, núm. 169, de mayo-abril 1980 —y agradeciendo a Gustave Thibon su autorización para publicar el texto de su conferencia—, reprodujo ésta íntegramente, porque su actualidad no ha cesado de ser confirmada día a día por los acontecimientos que nos rodean y que tejen la trama de la actualidad internacional. En el momento en que el “Office International” ha planteado públicamente el problema de “la dignidad del hombre frente a las opresiones”, de lo que se trata realmente es de la muerte de Dios en la sociedad de los hombres. *Verbo* tiene el gusto y el honor de reproducir en castellano esta conferencia.

\* \* \*

No es fácil hablar de Dios. Porque este nombre sagrado, al pasar por las bocas que lo transmiten, queda manchado por todas sus limitaciones y todas sus impurezas.

En otro tiempo, el César germánico (Kaiser) era llamado «portaespada de Dios», y, en la realidad, usaba la espada muchas veces por intereses distintos al de Dios. Hoy día, Dios no tiene ya portaespadas, pero tiene muchos portavoces, que le traicionan, sin duda, tanto como le traicionaba el César germánico.

Me propongo evocar el problema de la muerte de Dios. Evidentemente, cuando se habla de la muerte de Dios no se habla de Dios mismo. Porque Dios existe o no existe. Si no existe no puede morir. Y si existe, es inmortal.

Por consiguiente, de lo que yo quiero hablar es del eclipse de Dios en el espíritu de los hombres. Esto es infinitamente grave, pero Dios sigue siendo el que era. Como decía Víctor Hugo: «la sombra del eclipse no cae sobre el sol». El no lo decía hablando de Dios, sino hablando de sí mismo, durante el Segundo Imperio, cuando estaba exilado y había perdido una gran parte de su audiencia en Francia.

Si esto es verdad respecto a Víctor Hugo, lo es mucho más respecto a Dios. Pero si este eclipse se prolonga, amenaza con hundir a la humanidad en una noche terrible, en un frío mortal.

Y bien lo sintió Nietzsche, que fue el anunciador, el profeta de la muerte de Dios. «Dios ha muerto». E innumerables son los textos de Nietzsche que hablan de desesperación, de agonía, del apocalipsis que espera a la humanidad privada de ese rumbo eterno, de ese supremo punto de referencia.

### Reinventar a Dios

Eclipse de Dios en el alma, en el espíritu, en el corazón de los hombres. Me dirán que Dios ha sido siempre más o menos negado u olvidado. Ya en la antigüedad pueden citarse nombres como el de Lucrecio. En el «gran siglo», había seres llamados libertinos, lo que significaba ateos. Sólo que eran relativamente minoritarios y la sociedad seguía impregnada de religión hasta sus profundidades.

Hoy en día, Dios no es solamente negado. Cuando se le niega, cuando se le ataca, quizá no es tan mala señal. Lo más grave es el olvido, la indiferencia. Cuando no impregna la vida, lo divino llega a una especie de descomposición dentro de las almas, de tal modo que, para muchos hombres, la palabra Dios no tiene sentido: es necesario, en cierto modo, reinventarlo.

Un comerciante de mi pueblo me dijo un día: «El señor cura me compra a mí, que no voy a misa, igual que al otro tendero, que sí va. Ya ve usted: es que me agradece que no vaya a verle hacer esas tonterías que tiene que hacer el pobre hombre para ganarse la vida».

¿Qué es lo que ha pasado?

No es que el hombre sea ahora más sabio que antes, bien lejos de eso. La herida del pecado original sigue notándose hoy como siempre. El hombre no se ha hecho más sabio; se ha hecho más poderoso. Conoce mejor el mecanismo de las causas segundas y es infinitamente más capaz de manejarlas. Esto se constata en todos los dominios.

En primer lugar, en el orden de los acontecimientos. El hombre de hoy está mucho mejor armado contra plagas naturales, contra las enfermedades, contra las mil vicisitudes que en otro tiempo le amenazaban y ante las cuales no tenía otro recurso que la oración. Ahora está armado para defenderse; el miedo le lleva a Dios menos que antes, salvo, en última instancia, a la hora de la muerte.

Dios retrocede igualmente en el dominio psicológico. Muchos estados de ánimo que en otro tiempo se atribuían al alma e indirectamente a Dios, son hoy día analizados, desmontados todos sus mecanismos y, en apariencia, explicados. Se ha analizado cómo se produce en el interior del hombre el sentimiento religioso. Se ha creído explicarlo de tal modo que se ha hecho de Dios un producto del hombre. Se atribuye a mecanismos, a determinismos, lo que en otro tiempo se atribuía al alma misma, con su libertad y su responsabilidad.

Un ejemplo entre mil. Yo tengo en mi casa la biblioteca de un tío abuelo que hizo estudios en el seminario. Estos libros están escritos en un latín que no es el de Cicerón ni el de Tácito y, por eso mismo, es mucho más legible. Un día, leyendo uno de esos libros, encontré una descripción de un pecado designado con el nombre de «acedia». Es una palabra muy difícil de traducir, que quiere decir desgana de vivir, aburrimiento. La mejor traducción sería la palabra inglesa «spleen». La «acedia» era considerada como un pecado mortal, como un atentado contra Dios que nos había concedido la gracia de la vida. Pues bien: en la descripción de la «acedia» se encuentran poco más o menos los síntomas de lo que hoy se llama depresión nerviosa.

Se consideraba al hombre responsable de su estado de ánimo. Se le exigía tener valor para librarse de ese pecado.

Hoy día se le manda a una clínica y se le dan medicinas. Se le libera de la responsabilidad. Y, al hacerlo, se le priva de su libertad.

### “La religión de mi rey y de mi nodriza”

En el terreno sociológico, el fenómeno es mucho más notorio. Dios estaba en otro tiempo presente en todos los aspectos de la sociedad; los jefes eran religiosamente reconocidos. Los reyes eran consagrados; eran, en cierto modo, elegidos por Dios: toda autoridad estaba reconocida como venida de Dios. Hoy los jefes son elegidos por el pueblo. Los oficios, las profesiones, estaban impregnadas de religión, de carácter sagrado. Los nombres de las ciudades eran nombres de santos. En los tribunales había un crucifijo. Todo estaba sumergido en una atmósfera religiosa.

La religión se apoyaba sobre una cimentación sociológica muy fuerte. Descartes, cuando le acusaban de no ser ortodoxo, respondía: «Soy de la religión de mi rey y de mi nodriza».

Aquello tenía, por supuesto, toda la pesadez inherente al fenómeno social, pero también toda una base de costumbres, de prácticas que conducían al hombre hacia Dios.

Lo que nos llevaba a Dios también era la muerte, la muerte que pesaba sobre el hombre mucho más que ahora. En primer lugar, porque la longevidad era mucho menor y, además, porque la inseguridad general debida al hambre, a las guerras, a las epidemias, mantenía sin cesar su imagen ante los ojos de los hombres.

Hoy existe un retroceso de la mortalidad y un retroceso de la muerte: los hombres cada vez se dan menos cuenta de que van a morir. Yo he vivido la época en que los viejos campesinos conocían su próxima muerte. La sentían venir. Presidían su propia muerte con perfecta consciencia, distribuían sus bienes, daban consejos. Todo esto desaparece cada vez más. Se considera de mala educación el prever a un enfermo de su fin inminente.

De modo que los hombres mueren sin saberlo. El acto más importante de su vida se convierte en un acto inconsciente. ¿Cómo acordarse de Dios en estas condiciones?

Hay ahora como un flujo del poder humano y un reflujo del poder divino en el alma. El hombre, en cierto modo, se ha apropiado, no ciertamente la pureza y las perfecciones de Dios, sino su poder.

Mistral, con una extraordinaria presencia, describía hace cien años a la humanidad futura dominando a su gusto al mundo natural, mientras que Dios se retiraba paso a paso ante el hombre soberano.

Este fenómeno del eclipse de Dios, de la muerte de Dios en el hombre, nos coloca frente al hombre que llamamos «prometéico». El hombre artesano de su propio destino.

Pues bien: al mismo tiempo que se constata la muerte de Dios, se convierte en un lugar común anunciar la muerte del hombre. En el fondo, el hombre se diviniza cada vez más, y su divinización está muy cerca de su disolución. Esto es muy significativo y me hace pensar en la frase del emperador Vespasiano moribundo. Alguien le preguntó cómo estaba y él respondió, no sin ironía, y sin duda en previsión de la apoteosis que se dedicaba a todos los emperadores difuntos: «*Siento que me vuelvo dios*». Lo que quería decir: «*Estoy perdido*». Bonito eufemismo.

### Una libertad colgada del vacío

Yo creo que ocurre igual con todas las cosas creadas: su divinización es el primer síntoma de su agonía. El hombre no escapa a esta regla.

En efecto, ¿qué nos trae el mundo moderno? Al mismo tiempo que una proliferación y un perfeccionamiento prodigioso de los medios, ¿no nos trae una ausencia vertiginosa de sentido y de objetivo? Nos da infinidad de medios para vivir; pero ¿qué vida? Cada vez nos da menos razones de vivir, y por eso la mayoría de las filosofías modernas, salvo el marxismo, que tiene su esperanza específica, son filosofías de la desesperación.

Del sartrismo que exalta la libertad hasta el infinito, al estructuralismo que la niega casi totalmente, estas filosofías coinciden en las mismas conclusiones. La conclusión central es la expresada por un filósofo contemporáneo: «*nada tiene sentido más que por el hombre y el hombre no tiene sentido*».

## El hombre cae de Dios sobre sí mismo.

Sartre nos dice que el hombre es *«una pasión inútil»*; un pontífice del estructuralismo añade que «el hombre es un montón de palabras en una masa de protoplasma». Esto no nos lleva muy lejos. Para otro, *«el hombre es el lugar anónimo en que reinan las estructuras»*. Esta es una visión de la existencia separada del ser. Privado de la garantía divina, el hombre se ve, por ello mismo, privado de su finalidad. *«Allí donde no hay Dios, tampoco hay hombre»*.

Pero para mejor percibir lo que representa este reflujo de Dios en el alma y la conducta del hombre, quizá convenga meditar sobre aquéllo por lo cual se sustituye a Dios; es decir, sobre las luces artificiales que pululan cuando se ha puesto el sol divino.

Chesterton decía ya que *«cuando se deja de creer en Dios, no es para no creer en nada, sino para creer en cualquier cosa»*.

Estamos en los tiempos temidos por los galos, que, según se nos enseñaba en la escuela primaria, no temían más que una sola cosa: la caída del cielo sobre la tierra.

Esto es lo que, simbólicamente, se ha realizado hoy: el cielo nos ha caído en la cabeza; o, para decirlo como Bossuet: *«el hombre ha caído de Dios sobre sí mismo»*, y, al caer sobre sí mismo, se ha roto.

En efecto, lo sagrado, lo divino, subsiste en todas partes. Pero degradado, corrompido, falsificado. Como el hombre no puede vivir solo de pan, de felicidad, de poder, necesita una fe; necesita, lo quiera o no, un ideal, y cuando ya no hay Dios, los falsos ideales pululan como las moscas sobre un cadáver.

Se reprocha algunas veces a la religión una cierta tosquedad en los ritos, en las prácticas, en la disciplina, en la moral. Reconozco que no faltaban en ella imperfecciones ni, incluso, supersticiones.

Pero Baudelaire decía que la superstición es el *«depósito de todas las verdades»*. Cuando uno es joven, es siempre más o menos idealista. En otro tiempo, ciertas cosas de la religión católica me repugnaban mucho, cierto modo de recitar el rosario, de obtener indulgencias, todas estas apoyaturas psicológicas y sociológicas un poco

burdas. Pero es conveniente recordar la recomendación del arzobispo de París a Bossuet después de la crisis del quietismo. El quietismo era el puro amor. No hacía falta otra cosa que amar. No se necesitaban jerarquías, ni prácticas. Entonces, el arzobispo de París escribió a Bossuet esta frase que puede parecer cínica, pero que es admirable: «hágame usted una religión más espesa». Es decir: póngala al alcance de los hombres, dele esa aleación sin la cual lo divino es demasiado frágil e inaccesible para la inmensa mayoría de las almas.

Me acuerdo de que, cuando yo me indignaba ante estas prácticas, un viejo capuchino me decía: «*mi pobre Thibon, el catolicismo es un comedero donde hay forraje para todos los bocicors*». De hecho, el catolicismo puede satisfacer a un Blas Pascal, a un San Juan de la Cruz, a una Simone Weil, lo mismo que a una Bernadette Soubirous o a los niños de Fátima.

Yo veo precisamente en ello un signo de divinidad.

¿Qué representan, en cambio, los nuevos mitos? Porque no son mitos lo que nos falta hoy.

Hay uno que comienza a desmoronarse, pero que aún conserva solidez: el mito del progreso. Este es el gran dogma moderno, tan indiscutido, al menos en ciertas mentes, como infundado. Consiste en afirmar que el hoy vale más que el ayer y que el mañana valdrá necesariamente más que el hoy. De tal modo que a principios de siglo los propietarios de algunos cafés los denominaban indiferentemente «*café del Progreso*» o «*café del Porvenir*».

De aquí la valoración desmesurada de la idea de cambio, como si bastara cambiar las cosas para obtener su mejoramiento.

A lo cual responde esta palabra de un padre griego: «*Nada puede cambiar en el hombre indivinamente*» (*atheos*: es decir, sin la ayuda de Dios, sin la gracia). Esto es también lo que dice la liturgia: «*En el hombre no hay nada inocente sin tu ayuda*».

### El puro amor... revolucionario

No me extenderé sobre el mito del consumo, del que se ha hablado ya demasiado. Queda el mito de la revolución que representa

un papel fundamental, ya que en muchos espíritus la fe revolucionaria ha tomado el relevo de la fe religiosa. Y es que ofrece a los hombres un sucedáneo de la trascendencia y del misterio.

Hay que examinar esto muy de cerca: Para un verdadero revolucionario, el fin de la revolución no está en las reformas sociales; no está en el bienestar; no está en la libertad. Como el fin de Dios está en Dios, el fin de la revolución está en ella misma. Hay textos muy significativos. Por ejemplo, un texto de Stalin que declara que *«para el reformista, la reforma lo es todo, pero para el revolucionario, en cambio, lo esencial es el trabajo revolucionario y no la reforma»*. La reforma no es más que el producto accesorio de la revolución. La misma idea se encuentra en uno de los dirigentes de la China actual, que decía que *«el objeto de la reforma agraria no es dar la tierra a los campesinos pobres ni aliviar su miseria. Este es un ideal de filántropos —añade— mientras que el verdadero objetivo es la liberación de las fuerzas revolucionarias»*. ¿Con qué fin? No nos lo dicen. En el fondo, los caminos de la revolución son impenetrables, como se decía en otro tiempo de los caminos de Dios.

No estamos muy lejos del puro amor de los místicos, indiferentes a la recompensa y al castigo. La revolución no está al servicio de los hombres, es el hombre el que está al servicio de la revolución.

Así, pues, si exceptuamos la gracia y la salvación del alma, estamos en plena teología negativa. Es un sucedáneo casi completo del cristianismo.

Malraux decía que una civilización no puede fundar sus valores por mucho tiempo sobre otra cosa que una religión.

Decía también que la religión de las ciencias y de las máquinas, la más potente civilización que el mundo ha conocido, no ha sido nunca capaz de edificar un templo ni una tumba. Esta idea me parece impresionante, porque, en el fondo, para edificar un templo se necesita creer en el dios que ha de habitarlo, y para edificar una tumba se necesita creer en la muerte que nos devuelve a ese dios.

Pero se ha dicho: *«el reino de Dios está dentro de vosotros»*.

Para escapar al vacío interior están muy de moda dos remedios: el placer y la revolución.

El placer. Es Calicles diciendo a Sócrates que no hay nada más



bello que el placer, y que hubiera querido conocer un placer satisfactorio, constante, y rápidamente renovado. Sócrates le respondió: «Tu ideal es, pues, el sarnoso, para el cual el placer de rascarse se renueva sin cesar».

La revolución: Es el trastrueque del mundo exterior, del cual se espera que devuelva al hombre su alma perdida. Pero el remedio es sólo exterior. Y el remedio profundo está en el interior del hombre. «¿De qué le sirve al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma?».

Hay en nuestras conquistas del mundo exterior una prueba decisiva de la fe. Bossuet, hablando de los grandes de este mundo, de César, de Alejandro, a quienes Dios había dado tanto poder, decía: «Dios les ha dado el imperio del mundo como un presente sin valor. Hoy día, ese imperio del mundo, que era en otro tiempo privilegio de algunos potentados, tiende a dilatarse a la medida de la humanidad entera».

En el orden del tener, nosotros, indiscutiblemente, no tenemos el poder de César, pero tenemos mil cosas que César hubiera podido envidiarnos. Se ha calculado que un americano medio que tiene a su disposición un automóvil y los electrodomésticos corrientes, dispone de la energía que proporcionaban en otro tiempo cien esclavos como poco. La tarde de la batalla de Austerlitz, a alguien que le preguntaba: «¿No le gustaría a usted ser Dios?», Napoleón le dio esta extraordinaria respuesta: «No; Dios es un callejón sin salida». He aquí el hombre del devenir. Todos corremos el riesgo de hacernos así a causa de las muchas posibilidades que tenemos de distraernos de Dios y de nosotros mismos. Quizás vemos de Dios más su poder que su perfección, su justicia, su amor...

Ante la pureza, ante la verdad, somos tan pobres, estamos tan desarmados y tan reducidos a la súplica como en los primeros días de la humanidad. «*Sed perfectos, como vuestro padre celestial es perfecto*». No dijo: «sed poderosos».

Yo creo que, por todo esto, el mundo en que vivimos nos invita a una severa purificación de la fe. En este mundo del que Dios parece ausente, incumbe a cada uno de nosotros traer a Dios al mundo con humildad, por medio de la oración.

No pedirle a Dios otra cosa que él mismo.

Vivimos en un mundo que ha dejado de ser una cristiandad. Esto debe llevarnos a interiorizar las relaciones del hombre con Dios y, cada vez más, a no pedirle a Dios otra cosa que él mismo.

Nietzsche, presintiendo las consecuencias de la muerte de Dios, hace esta confesión: «*cuando todas las permutaciones se hayan agotado, ¿qué sucederá? ¿No nos veremos obligados a volver a la fe, y quizá a la fe católica?*».

Yo creo que esta confesión cobra todo su valor en nuestros días, tras el agotamiento de tantas permutaciones, de tantas revoluciones que han desembocado todas en lo contrario del ideal en cuyo nombre habían nacido.

En efecto... ¡cuántos abortos! Yo, al fin y al cabo, aún no tengo cien años, y, sin embargo, ¿a cuántos no he asistido ya? He vivido la guerra del 14, aquel suicidio atroz de Europa, aquél crimen imperdonable que se cometió en nombre de la civilización. ¿Qué salió de él al cabo de veinte años? Hitler y Stalin. ¿Se puede imaginar nada peor? He visto desarrollarse la revolución rusa; ¿qué queda de ella sino un aumento de opresión?

He conocido el ideal de la Resistencia: la República pura y dura. ¿Se puede hoy hablar de ello sin reír?

En este extravío universal no queda otra cosa que nuestra vieja senda cristiana, vieja y eterna. Y, por consiguiente, siempre nueva.

Sólo ella da sentido a nuestro destino, justamente porque hace de la vida un camino y de la muerte una puerta. Todo el problema está en eso, porque si la vida es un camino, es que lleva a alguna parte. Pero si en este camino queremos hacer nuestra morada, como no está hecho para eso, ya no tenemos ni camino ni morada. Y, por cierto, justamente en las épocas en que el hombre ha sido más consciente de su destino transitorio aquí abajo, de que la tierra es un lugar de paso, es cuando el orden social ha sido menos inestable. Es un fenómeno histórico. Por el contrario, si se quiere construir sobre ese camino algo inmutable y definitivo, el camino no lo sostiene.

Lo cual hacía decir a un político inglés que la sociedad se convierte en un infierno a medida que se quiere hacer de ella un paraíso.

El mundo moderno sufre, ante todo, de una carencia de eternidad. Y a esta eternidad llama, aunque ignore su nombre, por medio de sus esperanzas descaminadas y de la desesperación consecutiva a su aborto. Y lo que nos pide a nosotros, los cristianos, no es quizá necesariamente que pongamos el reloj de la Iglesia a la hora del mundo, sino que le ofrezcamos una luz y un amor que están fuera del tiempo.

Lo que nos pide no es que participemos de su fiebre, sino que le curemos. No es que nos extasiemos ante sus obras y sus conquistas —que, en su dominio, son, en efecto, extraordinarias—, sino que llenemos el vacío incurable que esas obras y esas conquistas dejan en él. En una palabra, no es tanto que nos adaptemos a él como que le demos lo que le falta.

Hoy día, la mejor prueba de la existencia de Dios sería una prueba negativa. Sería llevar a los hombres la conciencia de la nada y de la mentira, de todo aquello por lo que en vano intentan reemplazar a Dios. En cierto modo, jamás ha sido tan fácil prescindir de Dios en nuestras relaciones con el mundo y con las cosas. Y jamás, tampoco, ha sido tan inmediata y tan trágica la urgencia de volver interiormente a Dios.

Dios se impone cada vez menos desde el exterior, pero cada vez más desde el interior. Y si el interior queda vacío, el exterior no tiene sentido ni objetivo. El problema es elegir entre el Dios que se ha hecho hombre y el hombre que se ha hecho dios. El problema es devolver Dios al hombre, porque devolver Dios al hombre es devolver el hombre a sí mismo.